



Un corazón que escucha

La oración cristiana es, ante todo, escucha. No comienza con nuestras palabras, sino con la voz de Dios que nos llama. Esto es lo asombroso de nuestra fe: que el Dios eterno, el Creador del universo, ha querido revelarse, desea hablarnos. Y lo hace no con estruendo, sino con ternura, como un Padre que se inclina hacia sus hijos.

Así lo entendió el joven rey Salomón, cuando Dios le ofreció pedir cualquier cosa. No quiso riquezas, ni poder, ni fama. Pidió esto: *“Dame, Señor, un corazón que escucha”* — *lev shomea* / לֵב שׁוֹמֵעַ, en hebreo (1 Re 3,9). Un corazón atento, abierto, capaz de acoger la voluntad de Dios.

Ese es el corazón que necesitamos. Porque sin escucha, no hay fe verdadera y sin oración, nuestra vida espiritual se marchita. San Juan Crisóstomo lo decía con fuerza: *“La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediador entre Dios y los hombres.”* Con ella, incluso en medio del desierto, florece la esperanza.

Pero hoy el Evangelio nos invita a ir más allá de las formas. Nos llama a mirar el corazón que ora. ¿Qué hace que una oración sea verdadera? ¿Qué mueve al Señor a escucharla?

La respuesta es clara: la humildad.



La verdadera oración nace de la humildad. No del orgullo disfrazado de religiosidad, ni de la autosuficiencia que recita fórmulas sin necesidad de Dios. Nace del reconocimiento sincero de nuestra pobreza espiritual, de nuestra necesidad radical de salvación.

San Agustín lo decía así: *“Dios no escucha las palabras, sino el corazón. Y si el corazón no es humilde, la oración no sube.”* Esta humildad no es humillación, sino verdad: saber quiénes somos ante Dios, y quién es Él para nosotros.

Jesús nos lo enseña en la parábola del fariseo y el publicano. El fariseo se presenta con seguridad, enumerando sus méritos. El publicano, en cambio, se golpea el pecho y dice: *“Ten piedad de mí, Señor, que soy un pecador.”* Y Jesús afirma: *“Este volvió a su casa justificado.”* ¿Por qué? Porque su oración brotó de un corazón contrito y sincero. San Gregorio Magno lo expresa con fuerza: *“La oración que nace del dolor del corazón, no llega a los oídos de Dios.”*

Una apertura a la misericordia

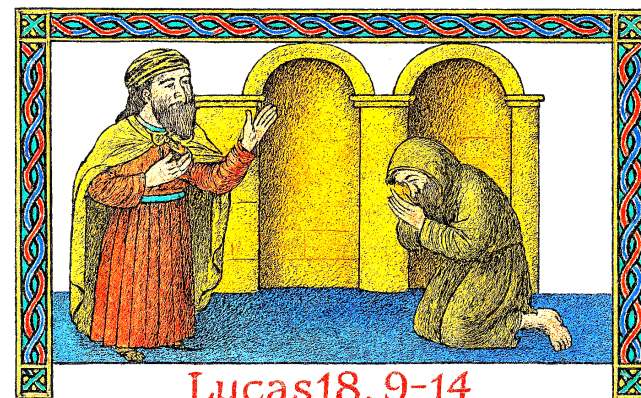
La contrición no es tristeza estéril, sino apertura a la misericordia. Es el corazón que se deja to-

car por la luz de Dios y reconoce su necesidad de ser sanado. Es el corazón que no se justifica, sino que se entrega.

San Isaac el Sirio decía: *“El alma que ha conocido su debilidad y ha llorado ante Dios, ha encontrado la puerta del Reino.”* La oración contrita no exige, no presume, no calcula. Suplica, confía, espera. Y Dios escucha. No porque seamos dignos, sino porque Él es bueno. No porque sepamos hablarle, sino porque nos ama. Como dice el salmista: *“Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias, Señor”* (Sal 50/51,19).

La Palabra que hoy se proclama quiere purificar nuestro interior. Nos enseña a orar no para ser vistos, ni para tranquilizar la conciencia, sino para encontrarnos con el Dios vivo. Nuestra oración ha de ser humilde, sincera, confiada. Ha de brotar del silencio, del dolor, de la gratitud, de la necesidad.

Y si alguna vez sentimos que no sabemos orar, recordemos lo que decía San Pablo: *“El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables”* (Rom 8,26).





Sal 33, 2-3. 17-18. 19 y 23

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

**El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias.**

**El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.**

**El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él.**

Hoy, el Salmo responsorial nos hace cantar: “Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.” Es el Salmo 33, un himno de acción de gracias que brota del corazón de quien ha sido liberado por Dios. No es una alabanza triunfalista, sino la confesión humilde de quien ha experimentado la misericordia divina en medio de la prueba.

Este salmo tiene un contexto histórico muy concreto: David lo compuso tras haber fingido locura ante el rey Abimélec para salvar su vida (cf. 1 Sam 21,10-15). Es decir, nace de una situación de humillación, de debilidad, de aparente derrota. Y sin embargo, de esa experiencia brota la alabanza: “Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre

en mi boca” (v.2).

Así también nosotros, cuando reconocemos nuestra fragilidad, cuando dejamos de aparentar fuerza y nos presentamos ante Dios como pobres, como necesitados, como publicanos, entonces nuestra oración se vuelve verdadera. El Evangelio de hoy (Lc 18,9-14) nos lo enseña con claridad: el fariseo se justifica a sí mismo, el publicano se golpea el pecho. Y Jesús dice: “Este volvió a su casa justificado.”

San Agustín comenta este salmo diciendo: “El pobre que clama no es el que carece de bienes materiales, sino el que se reconoce necesitado de Dios. Su clamor no es ruido, sino gemido del corazón.” Y añade: “Dios escucha al corazón humilde, no a la lengua orgullosa.”

San Gregorio Magno, por su parte, afirma: “El Señor se acerca a los que tienen el corazón roto, porque en ellos puede habitar. El alma que se vacía de sí misma, se llena de Dios.”

El salmo continúa: “El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos.” (vv.18-19). Esta es la promesa que sostiene al justo: no que no sufrirá, sino que no será abandonado. Finalmente, el salmo concluye con una súplica confiada: “El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él” (v.23). Esta es la oración del publicano, del pobre, del humilde. Esta es la oración que Dios escucha.

Si el afligido
invoca al Señor,
él lo escucha

Catedral de
Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis

XXX DOMINGO C



**SOLO EL CORAZON
SINCERO Y HUMILDE
ES ESCUCHADO POR DIOS.**